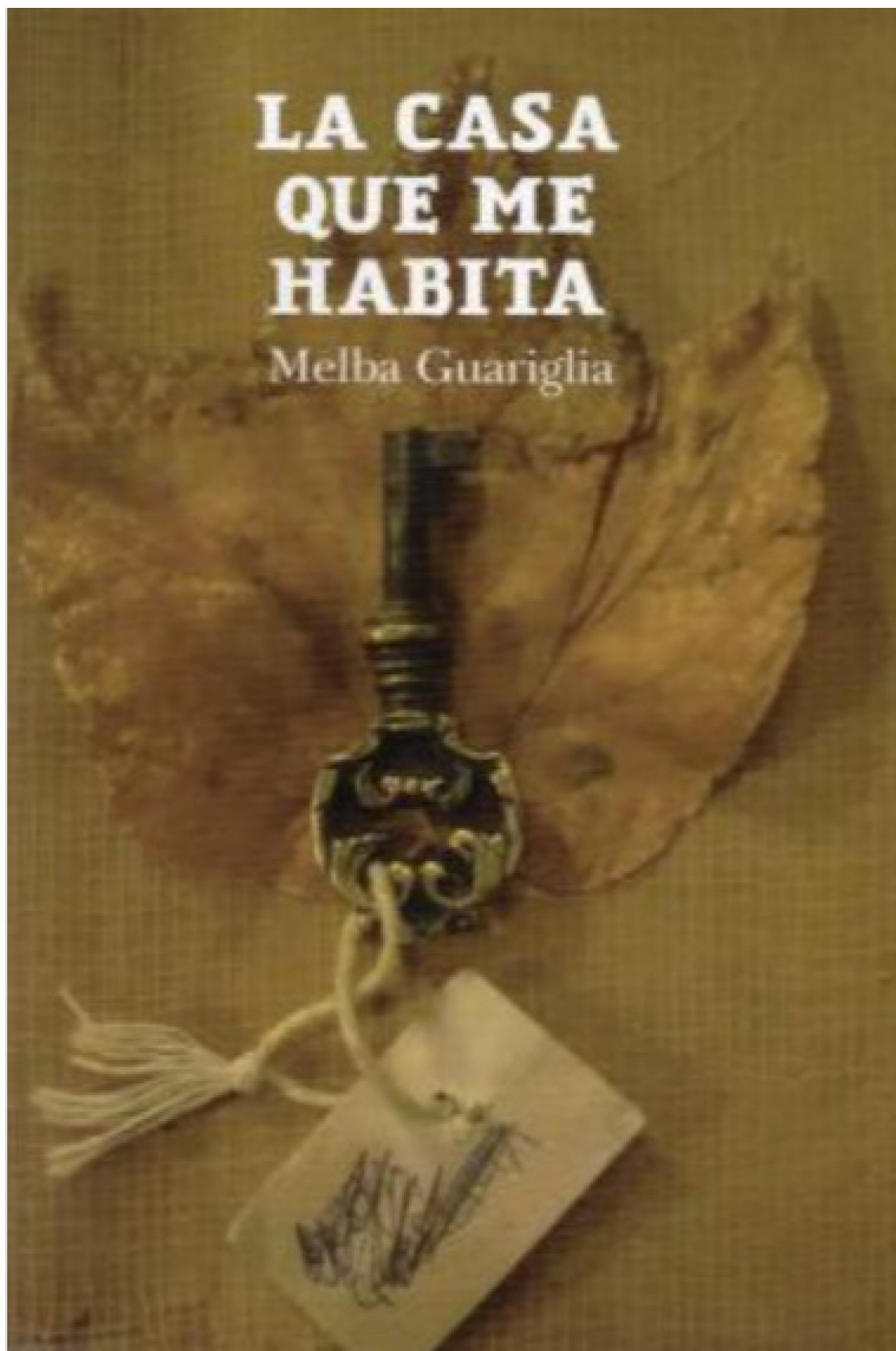


LA CASA QUE ME HABITA

Melba Guariglia



La casa que me habita

Melba Guariglia

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8704

Título: La casa que me habita

Autor: Melba Guariglia

Etiquetas: Poesía, Uruguay

Editor: Fernando Guzmán

Fecha de creación: 13 de enero de 2026

Fecha de modificación: 13 de enero de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La casa que me habita

Editado por Fernando Guzmán 2025. Se realizó una revisión ortotipográfica del texto, limitada a la puntuación y al uso de mayúsculas/minúsculas. Creative Commons BY-SA 4.0 Internacional

A mis habitantes de aquí y de allá, y de mas allá
México, 1985 / Montevideo, 2015

Mi casa es la escritura... con la única compañía que no falla, las palabras
Cristina Péri Rossi

Me amparo, efímera, en un cuarto diferente.
La bahía de sal queda atrás, borrosa en la imagen del mapamundi.
La sospecha invade, con miedo, mi armadura.
¿Dónde derrumbarme?
Otros muros transforman laderas en alojos;
palabras inquietas buscan raíces.
México 1979

Las casas jóvenes acuden al llamado,
Andan sin norte por la madrugada,
Suben hacia el nuevo pasado, se dispensan.
Un paseo por la añoranza al cielo triste de la piel, las calles se alejan.
Ahora queda solo el duende que me habita, el aire de la niebla, una
escalera que sube, pasos infinitos.
Hogares perdidos en el sur del viento.
Montevideo, 1987

Ese haberme llamado Melba, nombre agridulce donde persisten heridas,
poemas silenciosos desde un abril de otoño.
Palabra grave investida de otro nombre Mabel,
hermana solitaria dormida en sueño incierto.
Respuesta tímida oculta en seudónimos, espejos pequeños que no me
empañan.
Ropaje eterno sobre mi cuerpo frágil, reconocida sin límites aunque no
sepan quién soy.

Casa de letras imposible de reemplazo, dos sílabas apenas para
ocultarme sin más grandilocuencia que una be,
largo corredor celeste donde aprendí a escribirla con crayones.

Ese no querer oírlo, o llamarme María,
abrir los ojos y encontrarme porfiadamente Melba,
huésped de un crédito habitable, refugio de anónimos nombrados en
cualquier grito.-----

Casa perdida

I

Entonces,

Bastaba una casa de papel donde asomar el invierno apenas nacido,
Una ventana sin rejas cuando pegaba fuerte el asalto feroz de la
penumbra.

Un mutismo acotado habitándome,

Allí, donde salir era hallazgo de cantos simulados en rincones,
Cantar burbujas resbalando vapores sin contratiempos ni desentonos.

Frases grabadas / hojas clandestinas revueltas en cada trance, y bastaba
la casa para llorar mis muertos.

II

Mi madre ovilla su destino en manos de la morada,

Disimula cansancios tendidos en la azotea,

Habla sola en sol sostenido,

Y la luna es un péndulo fijo en el ángulo de la claraboya.

III

La casa enjuga sus relatos a la entrada,

Y sube un peldaño trazo adentro.

Corren lágrimas por las paredes hasta llegar al traspatio,

Sumergida vejez apurada por la historia de sus habitantes.

IV

Ese lugar cuya sola presencia me contiene,

Albergó muros de piel áspera, marcas de vuelo.

La pintura cubría siluetas / letras cifradas, el suceso inexplicable de mi
ausencia.

Casa orilla

I

En la ribera los árboles mecen ramas doradas, tiernas como el pan.

Encima del tejado piedras aseguran cobijo, alerta de próximo viento.

Por el canto del paisaje crece el coro de cigarras.

La arena es manta de conchillas, cuna de cangrejos, el riomar arrodillado
desliza su lengua por la arena, salpica plantas crecidas en tierra blanca.

El rancho solo, elevado en la orilla, única gaviota de madera,

resiste tempestades.

II

La niña zurcía letras en punto de cruz.

Tarde a tarde volaban tijeras por el monte, alfabeto recortado de revistas, citas talladas en troncos.

En el borde del agua mensajes en botellas arriban incansables desde el otro lado.

III

Pasado el temporal,

los niños velan la playa en calma, recogen desechos de barcos hundidos,

rocas mordidas por las olas, colecciones de caracoles visibles en el velamen del rancho.

Abuelo vigila la costa, avizora horizontes desde el portal, salvando en la mirada todas las distancias.

IV

Picotean tierra fértil las gallinas,

Cantan al compás de la leña inmolada del hachazo necesario al despunte diario.

Abuela asoma al cuadro que despierta, imagina un palacio, el lugar donde vive, en pago a su desvelo el monte azul, los hijos.

Un premio: el nido donde nacen huevos tibios en su delantal.

V

Se agita el alero y el manzano,

Caen hojas marchitas de almanaques,

El camino aprieta los bolsillos y anda.

Los vientos ondean otra vez.

A lo lejos la ciudad es asombro, una casa con flores, la escuela.

Un largo transitar las esperanzas.

Casa invadida

I

Abrieron umbrales con los dientes, las baldosas resistían pesadas botas en designada batalla.

Temblaban cimientos.

Los libres deshacían páginas completas, confusión dividida entre cólera y miedo.

II

Ellos esperan amurallados en pretilos.

Hora tras hora acechan signos de fatiga, hurgan alfombras en busca de huellas / nombres,

pistas de un amor universal, poderoso / invisible.

III

La casa toda estremeció ladrillos
cuando el enemigo invadió el crepúsculo. Era el dictado sórdido, el arma
traidora de la infamia.

Pocos supieron.

La siniestra ronda / los destrozos, la oscuridad pesada de la máscara,
el puñetazo oculto tras la trampa.

Casa vieja

I

Picaflores aletean al frente de la casona.

Liban corolas donde un ala abre sin juicio,
el postigo del balcón.

En el jardín nacen besos desvelados, nocturnos jugando el juego de la
ternura sin disfraz.

II

Fila de piezas es sendero generoso,

Galería a marcha de quimeras, macetas coloridas cuyas plantas respiran
el sueño mayor de los habitantes.

III

Ritmo tenaz recorre semanas

cuando las máquinas se aprestan a coser entelados ajenos,
oficio de mujeres encorvadas de tanto vestir muñecas, con milenaria
carga de paciencia.

IV

Asoman charcos, goteras

en cada despertar de esa casa.

Son señas de partida, gestos desamparados, agobio de los habitantes
perseguidos sin tregua por las grietas del siglo.

V

Tú, casa,

querías habitar el aljibe, la glicina,

subir el barandal hasta el durazno,

caer despacio en surcos de la huerta sin dueños, en paz,

como mueren los viejos.

Casa oculta

I

Pequeña celda abierta detrás de los cristales, respiras un patio ventilado,
pradera de mis juegos fantásticos en tardes cálidas.

El único ciruelo te perfuma de blanco en primavera, la parra descende
su lumbre de racimos.

El corredor, renglón a doble línea, encuentra tu humilde semblante de

vivienda,
impreso allá en el fondo.

II

Una de tus alcobas recibió mi sollozo una mañana.
En el cielo de tu techo incorporé mis hambres, mirada intrusa en busca de respuestas.
Era abril, como siempre, la lluvia, tú cobijo a mi primera soledad.

III

Hogar oculto,
me veías crecer asaltando países, comiendo libros como panes.
Disparaba volantes sobre azoteas de fábricas cercanas, leía en voz alta tu miseria, descubriéndote.

IV

Esa casa no era engaño, vivía con nosotros un destierro, aislada de la calle alicaída,
como pájaro de exilio.

V

Mi padre arma castillos en tres escalones,
suma protestas de la radio, un overol abre brazos en su ausencia, en el cordel de la madrugada.
Espera huelgas para romper a golpes el silencio.

VI

Tu portón rechinaba harto de vaivenes,
como madre aburrída de cargar bolsas a la espalda,
y abrir monederos vacíos en el aire pródigo del barrio.

XII

Es más, casa,
luces pensamientos en macetas
cuando mi hermana seca su pelo ante el sol del domingo,
porque ella guarda un manojito de amapolas,
tibio resplandor entre las plantas.

VIII

Ayer o anteayer dibujaste tajos en los vidrios, surgiste como luna creciente en el zaguán.

Padre y madre diciendo adiós.

No sé si los gatos arañaron tu retrato, o si las alas huyeron de su jaula.

Tal vez tu zócalo confundía reflejos, y el olor a salitre empujaba hacia el mar.

Casa residencia

I

Doble cerrojo ahuyentaba amenazas, sin más verdad que el pánico de

perder el artificio ajeno a mi origen.

Un espacio prestado donde defenderse del engaño, sin residir la vida de nadie.

Soledad trepando escaleras limpias, antes de prenderse en tus huesos, adherirse al tapiz incoloro y enfriarse en el piso como una afrenta a la belleza.

II

Sequé tu piso con trapo asombrado,
el ventanal lloraba sin remedio, tocaba el punto de partida otra vez.

En su rostro de habitante la casa tendía cicatrices para siempre,
ni pizca de altura ya en su cuerpo devastado.

Solo su mirada de agua, perdida en condominio de imposibles.

Casa hogar

I

Un solo puño,
dieciocho caras ganadas al abismo, niños caídos como piedras pequeñas
al hogar,
cuando el viento acosa y los besos huérfanos se pierden calle abajo.

II

Inocente bandada,
corne desarraigados horizontes por resquicios del empedrado.
Piden hueso y no le dan, desafían
hasta llegar a un nido donde acurrucar el hambre.

III

Quisimos inventarte como madre hogar,
territorio nuevo, ínsula donde tender puentes,
iniciar recorridos, tejer redes con las manos pequeñas de tus habitantes.
Asistir cada eco agazapado en tus entrañas, el sonrojo de tu chimenea,
las múltiples voces por nacer revueltas en el aire de los cuartos como
gorriones.

IV

La casa habité en los niños una vez y otra.
Recelosos abrieron balcones, unieron paredes con dedos de asfalto.
Cargaron escombros del tamaño de su espanto, hasta construir una
ronda, un patio de juegos,
el rincón preferido de su desconcierto.

V

Hartos de comer pájaros, los cómplices acometen.
Dividen penumbras en fragmentos, espían rendijas, sellan a hierro todos
los sueños.

El estampido es portazo final, clausura.

El hogar se rinde ante el peligro, caen trozos de mundo mientras la casa arrincona memoria.

VI

Aspas quebradas, el molino trastabilla indolente,
seguido de ausencia a su alrededor semillas.

El pan amasado de futuro, sin embargo,
permanece en los vientos.

Casa huésped

I

Enigma a un paso solo del adentro.

Los maliciosos reflejan llamadas a destiempo, equívocos sonidos forasteros.

Una alfombra cobija pies descalzos, juegos de infancia, alguna mágica razón.

Los primeros temblores sacuden el polvo, lámparas oscilan sobre suelo extraño.

La sala cabizbaja reduce andares en deambular de música.

La perra dormita en el sillón redondo como naranja.

Vuela el sobresalto en las cortinas cuando toca la puerta el llamado imperioso del afuera.

II

Huésped fue mi destierro en una casa,

mi tragaluz equipaje a sitio seguro, la correspondencia en el refugio del abrazo.

Calor sofocado en laberintos / ritos / lagunas, la muerte vivida antes de partir.

III

Llega sonámbula a abrigar espacios perdidos.

Tiene cara de haber permanecido meses, rentada en años por venir, dispuesta a hospedarse lo que dure el insomnio.

Trae un pórtico en la frente, lápiz pegado al roble del escritorio,

un niño pálido escribiendo manteles, cargando un dios en las pestañas.

IV

Los días escurren por la ducha, acortan minutos.

Caben en la tempestad de tuberías, huyen.

Las llaves se marchan con ellos, fugaces como las horas, pero no olvidan.

Casa secreta

I

Pequeña mansión en tiempos de sospecha, un recinto cualquiera en ciudad sitiada frente a una taza de té.

Libretas albergan ideas, miniaturas de celofán quemadas a la intemperie,
sin más escape que el peligro del horizonte.

II

Fuiste amante clandestino, posada de mansos corazones, caricias en
tardes nubladas, nido tibio
entre sábanas / galletas / y balas perdidas.

III

Cuánto imperio encubierto, territorio propio en la silla o el caballete, en el
brillo de los azulejos.

Olor a invierno en el vértigo de la despedida.

IV

Todos los verbos rescatados, todas las prisas.

Incógnita llegada que no borra el riesgo cotidiano, claves amigas, el
minuto exacto de llegar a ti.

El modo de pesar la pesadilla, tu aroma de violetas.

El edificio en la mira, escucha pálido de sorpresa la ficción imperfecta, el
precipitado abandono.

Casa sola

I

Buscaba un hogar que me habitara, espacio reducido a manchas de mil
rostros siquiera.

Habitación aldeana donde ocupar mis temores, el pan blanco de una
hoja junto al vino.

Apenas una copa donde callar la sed, el lecho / versos repartidos a
puerta abierta.

II

Los demonios atacan, entran por la azotea desnuda a secuestrar mis
fantasmas.

Me despiertan temprano, se miran en las imágenes, atan nudos en las
sábanas, apuestan impunes a deshabitarme.

Dan saltos a contrapelo, pretenden clausurar el altillo / la biblioteca,
apagar mi lucha, mis hábitos.

Son contrarios a mis nombres, pero no me espantan.

III

Ruedo rotunda escaleras abajo, la oscuridad es un ojo impenetrable.

IV

Al despertar,

mi aposento se llenaba de pájaros, y en la oscuridad las velas consumían
suspiros,

ahí donde las goteras aún arrecian su ritmo certero.

V

Trastocan su rostro los extraños,
aparecen sin previo aviso, se instalan en los hoyos más grises de la
pieza.

Hurgan mis secretos, los incendian,
pero no logran confundirme, no tienen llama que los habite.

VI

Caigo desde el segundo piso, una mariposa en la garganta.
Entran y salen preguntas, confesiones primarias, me ahoga el destierro.
No llamo / no grito, sueño,
un fantasma más por el hueco de la escalera.

VII

Veía el sol en los espejos.
La madera de mis muebles era asombro pulido de rostros idénticos.
Mis vidrios resbalaban lluvia, serena por dentro,
como si quisiera permanecer en lo más hondo.

VIII

Que me habite un árbol, un tronco con raíces inmensas donde sentar los
años de furia.

Que me habite una altísima encina cuyas ramas conjuren la impunidad
del universo.

IX

No huelo ya ni el encierro ni el frío.
Apagué mis dedos en carbones.
El escándalo no asoma por los pasillos.
Alguien camina en el piso de arriba.
(¿Será que espera la indiferencia para abrir los balcones del olvido?)

X

Sin casas ni árboles,
los colores de la búsqueda ya no son peras ni uvas en el frutero.
El caracol sigue su marcha,
los oídos cerraron las persianas, nada me contiene.
Un vacío se derrama por mis paredes húmedas como almohadas.

Casa isla

I

La casa donde habito me aparta de ruidosas avenidas, luce un deseo
colgado en la cornisa, curiosidad de árbol
cuando lentamente me desviste el otoño.
Tiene orejas tapiadas a las fieras, mosaicos ajados
donde los pasos se pierden sin saberlo.
Recibe jinetes temerarios en su alcoba,
piedras robadas a cangrejos, niños ávidos de diluvio,

mujeres frágiles que aguardan barcos encallados en altamar.

II

Este apartamento no tiene terrazas ni azucenas.

No alberga extinguidores de ternura, duerme con el pecho descubierto como un gato reclinado en mi falda.

III

Habitaste mi historia al encontrarte casa prometida,
vaso muchas veces derramado.

Una manta me abrigaba cuando el frío lastimaba amaneceres, y mis manos escondían abandono.

Compartimos la pausa del fuego, notas rebanadas en la cocina,
naturaleza renacida una y otra vez, inútilmente.

IV

Sillones vulnerados arriesgan respaldo de palabras.

En el piso, amores barridos atraen todavía reflejos de ceniza.

En el techo, una paloma echa a volar un rayo de luz.

V

Abro el refugio mansamente, no quiero estropear su espacio con mis
suelas.

Entro descalza,

dejo mis insectos en la vereda, las cortinas saludan mi arribo, esperan
que les desvele nuevo día.

VI

No me importa morada,
caminar con hormigas el exilio,
ni escribir sobre el polvo de los muebles,
versos provisorios.

He deshecho mis maletas, las he guardado en el armario de tu cuerpo,
y encubro la memoria para quedarme contigo.

Cotidiana extemporánea, me pego a mi mesa de pin, derrumbo palabras
como castillos sobre hojas pálidas.

Me ato a visiones para construir poemas.

Las casas navegan, permanecen sin hundirse, se alejan infatigables
conmigo dentro.

México

No dejo rastros del adiós,

guardo el semblante de las almas merodeando altillos por mis huesos, en
los rincones más agudos cómplices de mis casas.

Los objetos resignan transparencia: un caracol excluido de su morada,

una morada excluida de sus habitantes.

Una carta, un poema,
víctimas de feroz torbellino.

Montevideo

La fuerza poética de este libro de Melba Guariglia nos asalta desde el título. El desplazamiento o proyección de las vivencias del yo al objeto deseado y perdido es el recurso que confiere a «La casa que me habita» esa fuerza de emoción contenida, rasgo de estilo que se irá acendrando y afirmando en sus trabajos posteriores.

En este libro, que se reedita actualizado después de 30 años, la casa —o las casas— habitan el tono lírico y son también metáfora del cuerpo, único alojamiento o refugio en tiempos oscuros de exilio y muerte (los de las dictaduras latinoamericanas de los años 70, de los que el libro da testimonio).

La memoria de las casas —la de la infancia, la de tiempos felices, la del nombre que nos da identidad a medias— va surgiendo a partir de imágenes evocadas para sostener una historia personal que se desdibuja en la soledad de países lejanos, donde se hace necesario construir de nuevo la existencia desde la palabra. La tarea es ardua, como una escalera que sube / pasos infinitos / hogares perdidos en el sur del viento.

Por eso, *La casa que me habita* cobra en el presente nuevos significados. Puede ser la voz de tantos seres sin voz, de porvenir incierto, que huyen de sus tierras expulsados por la guerra y la muerte hoy, en la segunda década del siglo XXI.

Silvia Prida

